

La Semana Ilustrada



Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 25 de Mayo de 1907

Número suelto: 10 céntimos.

Núm. 4.

LA BRUJA DE SAINT-POL



EXPLOTANDO LA SUPERSTICIÓN

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRAS PLANAS EN COLOR

La bruja de Saint-Pol.

EN Saint-Pol-les-Aigues (departamento de los Ardennes) ha sido presa una vieja llamada Micaela Legrand, que tenía en el país reputación de bruja.

Micaela vivía a costa de los infelices labriegos, explotando indignamente su ignorancia y su credulidad. Adivinaba lo porvenir; vendía filtros que convertían la indiferencia en amor; componía con yerbajos y líquidos misteriosos bebidas que curaban las enfermedades, daban fuerza a los débiles y juventud a los ancianos.

Con estas artes que le proporcionaban un buen renglón anual, hubiera disfrutado de los placeres de una existencia cómoda, si su renombre brucesco no hubiese atraído sobre ella las miradas inquisitivas de las autoridades y de la gente culta, siempre que en Saint Pol ocurría algo anormal.

Hace una semana desaparecieron del pueblo dos niños, y las sospechas de sus atribulados padres recayeron sobre la bruja. Fué interrogada por el alcalde, y negó indignadísima, jurando por todos los santos que era inocente; pero mientras la Legrand defendía su honradez, representando una hábil comedia, y fingía un gran dolor, compadeciendo a los niños perdidos, los gendarmes dirigiéronse a la casa ruinosa en que vivía, situada en las afueras de la población, derribaron la puerta y registraron detenidamente el antro. En una cuadra subterránea, en una especie de sótano al que se bajaba por unas pendientes rampas, estaban los dos niños—dos criaturitas de menos de diez años—lentos de sangre, casi desnudos, hambrientos y llorando de terror.

Los angelitos han dado espantosos detalles de su cautiverio. Comían lo indispensable para no morir; la vieja Micaela les hería con una navaja, recogiendo la sangre en una escudilla, y, si arrancábase el dolor una queja, les golpeaba sañudamente.

La bruja, a la que han sacado del pueblo los gendarmes, para que no la destroce el vecindario, ha declarado que su intención no era matar a los niños, y que les sangraba para confeccionar con su sangre y con otras materias unas píldoras rejuenecedoras que vendía a los supersticiosos.

Una "juerga" del "Pernales"

Días pasados, la dueña de la hacienda de «La Alegría», enclavada en el término de Morón, recibió la poco tranquilizadora visita del Pernales. Pero el famoso bandido no iba dispuesto a realizar una de sus fechorías.

Preguntó por el Sr. Lavandero, dueño de la finca, y al saber que en el caserío sólo estaba su esposa, manifestó deseos de saludarla.

La señora acudió al llamamiento del bandolero llena de terror; pero el Pernales se apresuró a tranquilizarla, diciendo que sólo se proponía descansar unas horas en el cortijo.

Pidió vino, invitó a los criados y organizó una fiesta ante la dueña de la casa, que la prosenció en el estado de ánimo que es de suponer.

La «juerga» duró algunas horas; el Pernales, loco de alegría, hizo cantar a los criados y a uno de sus acompañantes, que «se marcó» luego un tanguito, y él mismo bailó luego unas sevillanas.

Cansado y harto de vino decidió abandonar la finca, y antes quiso besar a uno de los hijos del Sr. Lavandero, que huyó aterrado. El Pernales consiguió detener al pequeñuelo, y dulcificando sus palabras, le besó cariñosamente, regalándole un duro. Lo mismo hizo con los otros chicos, y a la señora le entregó un habano para que, en su nombre, obsequiara al Sr. Lavandero.

Antes de marcharse, con la locuacidad propia de la embriaguez, relató

sus últimas hazañas, muy productivas, sin duda, pues enseñó un buen fajo de billetes de Banco, y de un canuto de lata sacó un papel, leyendo los nombres de los labradores a quienes va a saquear ahora.

A la caída de la tarde salió de la hacienda, y estando ya a más de un kilómetro de distancia, mandó volver a uno de sus acompañantes para que recogiese la canana con las cápsulas del rifle, que había puesto en una silla para bailar cómodamente.

Catástrofe en un pantano.

En Cuiscar—Méjico—ha ocurrido una tremenda desgracia.

Con arreglo al plan de obras de irrigación que Porfirio Díaz aprobó recientemente, se estaba trabajando en un pantano, cerca de la mencionada ciudad, junto a los embalses provisionales construidos por los ingenieros. Centenares de hombres excavaban en la zona de terreno marcada, cuando de improviso oyóse un sordo rumor, y en seguida, antes de que los infelices obreros se hubieran puesto en salvo, uno de los embalses atacado en sus cimientos por algunos imprudentes excavadores, se deshizo, y las aguas que contenía inundaron con terrible violencia la hoya.

El pánico de los sorprendidos trabajadores fué espantoso. Intentaron escapar por los taludes, pero la arena cedía bajo sus pies y los infelices rodaban, exhalando desesperados gritos, y eran tragados por las aguas. En pocos momentos la enorme hoya convirtiéndose en un lago, y desde sus márgenes, los obreros que pudieron escapar arrojaron a sus pobres compañeros tablones, cestas y cuerdas, logrando salvar a la mayoría.

No obstante, al pasar lista se vió que habían muerto veinte hombres. Tres eran españoles.

La desgracia ha causado gran impresión en Cuiscar.



Toribio es uno de los más fervientes creyentes en el milagro de Zaragoza. No ha dudado un instante de su veracidad y está seguro de que será el prólogo de una serie inagotable que caldeará la fe algo entibada y acabará con los destructores de la Iglesia.

Lo que hiera los sentimientos religiosos del virtuoso Toribio es la incredulidad de las autoridades, que han abierto una información sobre la autenticidad del hecho, aunque de sobra sabe que, éstas, acabarán por reconocerle, dándole, con la certificación oficial, todos los honores que se merece.

Es inútil que la Ciencia trate de buscarle explicación racional hablando de autosugestiones, de hipnotismo dinámico y otras zarandajas; para Toribio milagro es, y no hay nadie que lo desmonte.

Hasta la misma oportunidad es para Toribio un fundamento de verosimilitud incuestionable; la Corte celestial debía al Sr. Maura el honor de que, durante su gobierno, volviese a este país, dejado hace tiempo de la mano de Dios, el consuelo de la divina gracia.

A Toribio no le ha sorprendido el milagro; le estaba esperando de un momento a otro; notaba lo propicio del ambiente.

No es mal milagro, para abrir boca, la curación instantánea de una parálisis crónica; pero, aun así y todo, se quedará tamaño al lado de los que se avecinan, que ancho campo tiene donde operar la gracia divina en esta tierra de miserias y pecados, y otras parálisis no menos crónicas reclaman sus auxilios.

Ahí está, sin ir más lejos, la parálisis nacional contra la cual se han agotado, inútilmente, todos los reactivos y se han estrellado los curanderos; solo un ser sobrenatural podrá combatirla.

Tampoco sería mal milagro el de evitar la emigración y restituir la pureza del sufragio.

Y, ya en el terreno de lo maravilloso, debiera la Providencia hacer que ardiegan los pitillos de cuarenta y cinco y las cerillas de diez, habilidades, ambas, solamente reservadas a los dioses.

Como es patrimonio exclusivo de ellos el jugar y ganar, comprar leche y no envenenarse, encontrar los tranvías a tiempo, recibir los periódicos por correo y otros prodigios semejantes.

Toribio confía en que esto y muchísimo más hemos de ver dentro de breve plazo, pues el milagro de Zaragoza es prueba inequívoca de que, gracias a los buenos oficios del beato Maura, hemos vuelto a ponernos en buenas relaciones con la Providencia.

Sin embargo, la fe ciega de Toribio no llega a creer que entre las maravillas que nos aguardan esté la de la rebaja del precio de los alimentos, ni de las tarifas de ferrocarriles.

Ese es un milagro que, según Toribio, primer admirador del de Zaragoza, ni el mismo Dios puede realizarlo.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

COPLAS DE LA SEMANA

por UN REPÓRTER

Huir de la quema.

El Isidro es un randa pariente de «El Pelao», baile más conocido que el chotis y el fandango.

Y es, además, un hombre la mar de desgraciado.

Va a una carbonería, con el fin bueno y santo de hacer que el dependiente le

díe algunos cuartos; pero a éste el «japoquien!», en vez de acoquinarlo, le hace sentirse fiero, le hace ponerse bravo, y le tira una pesa... ¡que no es estar pesado!

Con la Pilar «la Gorda» (de quien es morganático consorte) va a la calle que dicen de Serrano.

Penetra en un comercio y—en vista del fracaso anterior—quiere el hombre dar un billete falso al tendero; mas éste ca y le rechaza el «pápiro». Y, por si esto era poco, le da un papirotazo...

Va luego a otras dos tiendas; y, aunque el billete es malo, los dueños se disponen a admitirlo y cambiarlo.

Pero, ¡ay!, no le resulta la comi al desdichado. ¿Por qué? Porque ninguno de los dos tiene cambio, y así no le es posible tampoco dar cambio...

Por fin, le «guipa» un guardia civil (de nombre Carlos Fosh), y con cara fohsea y con unos redaños que para si quisiera de fiar el gran Machaco, quien come—según dicen—riñones salteados (yo los como seguidos), va el guardia, le echa mano, y «el Isidro» y «la Gorda» van con él esposados a presencia de Pepe Millán, el comisario general de la poli que en Madrid disfrutamos!...

Quiere fugarse mi hombre, y escaleras abajo sale corriendo como alma que lleva el diablo.

Y con tan Mefistófeles (no siempre ha de ser fausto) motivo, se produce tan formidable escándalo, que hasta la cabra triste se recogía un rato...

«Isidros» de mi vida:

Ser «vivos», y miraros en ese espejo, como diría el Sr. Dato, el de «Llevar la Izquierda», que se ha inmortalizado con ese barbarismo propio de un hombre bárbaro...

LA NODRIZA DEL NEGUS



Ahora que todo el mundo se ocupa de la nodriz del príncipe de Asturias, ¿no os parece interesante conocer, aunque sólo sea por el retrato, a la robusta hembra que se enorgullece con el

decanato de la respetable corporación formada por las reales amas de cría?

Esta nodriz, dotada de formas tan esbeltas como «opiparas» es la que tuvo el honor de lactar al Negus de Abisinia.

EL FANATISMO RELIGIOSO

UN HOMBRE CRUCIFICADO Y UNA MUJER ABRASADA

Los habitantes de la pacífica ciudad de Salzbrunn (Silesia alemana) vieron, en la tarde del viernes 10, sorprendidos terriblemente por una dolorosa tragedia, que más parece la alucinación



de una fantástica pesadilla que el epílogo de un drama real y positivo de la existencia humana.

En un cuarto piso de la calle denominada Wipplinger-strasze, casa núm. 29, vivían desde hace algunos años Federico Gustavo Raunisch y su sierviente Marta Heimbach. Era él un joven de treinta y cinco años, ex alumno de un seminario católico, que abandonó para ser profesor de Hebreo en uno de los colegios más acreditados de Salzbrunn. Su criada tenía cincuenta y ocho años y llevaba tres al servicio del Sr. Raunisch, por quien sentía una adoración casi rayana en fanatismo.

Ciertos síntomas de desequilibrio mental en él observados, hicieronle perder, hará cosa de unos dos meses, la plaza que ocupaba en el Liceo Müller-Kneisel, y desde entonces huyó del trato de las gentes, llevando—en compañía de su abnegada y fiel doméstica—la solitaria vida de los misántropos.

La monomanía religiosa, de que había dado ya repetidas muestras durante los últimos tiempos de su profesorado, especialmente al interpretar los textos de la Sagrada Biblia, se exacerbó con la lectura del Nuevo Testamento y de los comentarios exegéticos de los Santos Padres de la Iglesia, y su enajenación adquirió los grados y caracteres de la más desenfrenada locura.

De ella contagió á su sirviente, ante la cual pintaba con los más sombríos colores la Pasión y Muerte de Cristo, inspirándole la creencia de que nadie puede salvarse de las torturas del infierno como no sea imitando en todo las enseñanzas del Redentor. Y una vez convencida Marta por las incansables predicaciones de su señor y maestro, se resolvió á seguirle por la calle de la Amargura, que había de llevarles hasta el Calvario en esta vida y hasta la patria celestial en la otra. Y he aquí lo que hicieron ambos, de mutuo acuerdo, según parece:

Para imitar la afrentosa muerte de Cristo, Federico Gustavo Raunisch cons-

truyó—rodeándose del mayor sigilo, á fin de que nadie le sorprendiese en la ejecución de su obra—una enorme cruz de madera de pino, y, después de circuncidarse y de inferirse una cuchillada tremenda en uno de los costados, se clavó los pies y la mano izquierda, en igual forma que los judíos crucificaron al Nazareno, y conservó en la diestra el martillo, fieramente apretado por sus dedos en los estertores de la agonía, de que se sirvió en la cruel tarea de su autocrucifixión.

Raunisch había colgado previamente, de un ingenioso sistema de cuerdas el aparato de tan feroz suplicio, de tal manera que, al ser impulsado hacia el exterior, quedase suspendido del antepecho de la ventana. Y á eso de las tres de la tarde, cuando estallaba sobre Salzbrunn una formidable tormenta, en medio del fragor de los truenos y el fulgar de los relámpagos, los habitantes de la dicha ciudad prusiana vieron—con el espanto que ya supondrán nuestros lectores—aquel crucifijo horripilante adosado al muro de la fachada, y el cuerpo ensangrentado del pobre loco retorciéndose entre los espasmos y convulsiones de la agonía más espantosa y bárbara.

á la puerta de la habitación de Gustavo Raunisch, sintieron erizárseles los cabellos al oír dentro de ella los gritos de terror y de angustia que salían de una garganta enronquecida. La vieja Marta, al ver consumado el sacrificio de su señor y dueño, y ansiosa de purificar su alma, se había rociado con petróleo las pobres ropas que vestía, y prendióles fuego, creyendo tal vez que así se libraba en el otro mundo de las torturas del infierno. Enloquecida por el dolor de las quemaduras y temerosa de que la intervención de la vecindad no le permitiese morir según su deseo, se arrojó á la calle desde lo alto de la ventana, y su cuerpo, medio carbonizado, fué á estrellarse contra las piedras del arroyo.

La autoridad judicial y la policía, en su deseo de conocer las causas de tan espantosa tragedia, buscaron entre los papeles del muerto por ver si hallaban alguna carta en que explicase los motivos de su resolución.

En uno de los cajones de la mesa donde escribía Raunisch sus comentarios á la Biblia, se encontró, por fin, un escrito revelador, en cierto modo, de morir imitando á Cristo.

cosas mejores que las que se puede hallar acá abajo.

«Creí que el sol estaba borrado de mi



cielo; que había pecado tanto contra Dios, que no podría ya salvarme de las torturas del infierno.

«Oré. El Señor sabe cómo oré, y cuando vivía en las tinieblas de la desesperación, he aquí que Dios tuvo la bondad de iluminar mis ojos con el resplandor de una tempestad de nieve.

«Desde aquel dichoso momento comprendí que la felicidad de los hombres no puede lograrse en la tierra nunca;

que «nuestro reino no es de este mundo», según la sapientísima frase del Divino Maestro. Yo debo imitarle, ¡oh, Dios!, tanto en tu vida como en tu muerte; debo tomar mi cruz y seguirte por el camino de la Gloria, que has prometido á tus fieles servidores y á tus leales discípulos.

«Yo te imitaré; yo te seguiré. La luz del cielo ha abierto mis ojos y ha penetrado en mi corazón. Tu vida es mi vida y tu muerte será mi muerte.

«Miradme — escribía al final de aquellos renglones trazados con mano firme y sereno pulso. — Miradme; estoy sudando gruesas gotas de sangre. Miradme; estoy colgado en la cruz. Miradme; estoy muerto y sepultado. Miradme; he aquí que resucito y vuelvo á la vida, á la vida eterna. Miradme; asciendo y veo á mi Redentor, al que está sentado á la diestra del Padre... ¡Oh! ¡Miradme!... ¡Miradme!...»

Así terminaba este manuscrito, que delata el desequilibrio mental de Federico Raunisch y la perturbación de su inteligencia. El fué la clave del misterio y la solución del terrible enigma.

Este suceso trágico, en cuya descripción se ocuparon los periódicos de Silesia, ha producido unánimes sentimientos de piedad y de duelo en la población de Salzbrunn, donde el fanático suicida Friedrich Gustav Raunisch era muy conocido y estimado por sus excepcionales condiciones de honradez y de inteligencia.



Otra escena cruelmente horrible vino á aumentar la consternación de los espectadores de la pavorosa tragedia. Cuando algunos transeúntes, acompañados de los vecinos de la casa, llamaban

«Antes de ir á gozar eternamente—decía en él—las delicias del Paraíso, he de afirmar que los pecadores no podemos satisfacernos con las cosas del mundo; hemos sido creados para disfrutar



UNA "JUERGA," DEL "PERNALES."

Ayuntamiento de Madrid



CATASTROFE EN UN PANTANO

Ayuntamiento de Madrid

SUCESO NOVELESCO

DESAPARICIÓN MISTERIOSA DE UNA MUCHACHA



MARGARITA GENEST

EN Sartrouville, pueblecito cercano a París, se ha desarrollado estos días una tragedia misteriosa, digna por las excepcionales circunstancias que en ella concurren de la rica fantasía de Pons du Terrail.

Un honrado comerciante llamado Genest, unióse ilegítimamente hace tres años, al enviudar, a una mujer apellidada Couerbe, teniendo que separarse de ella por su carácter violento y agresivo.

Abandonó París la amante de M. Genest, y a los pocos meses, Andrés, un joven de unos quince años hijo del comerciante, desapareció misteriosamente de la casa paterna.

Pasaron los años; Genest volvió a casarse, y para evitar que sus hijos molestaran a su esposa ó fueran maltratados por ella, los envió a Sartrouville, a casa de una vieja hermana suya.

Y en Sartrouville, hace unos días, se ha repetido el caso de Andrés, desapareciendo Margarita, que fué a llevar a la escuela a sus tres hermanos pequeños.

El 4 de Mayo fué encontrado cerca de Maisons-Laffitte, el cadáver de una joven flotando sobre las aguas del Sena. Guardáronse las ropas por si servían

para identificar a la muerta, y un genarme, enterado de la desaparición de Margarita, las llevó a Sartrouville.

M. Genest y su hermana las reconocieron en el acto, y el comerciante afirmó que su hija era incapaz de suicidarse y que habría sido asesinada.

Exhumóse el cadáver por orden de M. Hirsch, juez de instrucción, y calcúlese el asombro de las autoridades y de la familia de la muchacha al oír afirmar a los forenses, después de hacer la autopsia, que aquel cuerpo no era el de Margarita, niña de catorce años, sino el de una joven de veinte.

Confirmando la revelación por los siguientes detalles: Margarita tenía los cabellos dorados, y los del cadáver eran castaños; aquella había sufrido recientemente una operación de la mano derecha, y en la del cadáver no había la menor señal. Por último, Margarita tenía un lunar grande en la espalda, y la suicida, no.

Sin embargo las ropas que vestía la desenterrada eran las de Margarita, y el juez, sorprendido é intrigado, comenzó a hacer activas investigaciones.

Estas dieron por resultado el que dos hijos del dueño del café «du Chateau», situado en el camino de La Frette Mon-

cieron referencia los hijos del cafetero.

—Parecía una alucinada—dijo M. Chalard—. Diríase que era una mujer hipnotizada, a quien se hubiera ordenado ir a determinado sitio.

Tales declaraciones vinieron a aumentar la confusión del juez instructor de la causa.

M. Hirsch, atando todos los cabos y teniendo en cuenta todas las declaraciones, ha reconstruido el suceso en la siguiente forma:

Margarita salió de su casa el día 20 de Abril, perseguida ya por los que habían de apoderarse de ella. Al realizar todas sus compras y regresar a su domicilio, la niña fué sorprendida y raptada.

Debieron llevarla a quien dispuso el robo, persona enemiga de M. Genest y que quería vengarse de éste. Dicha persona disponía que Margarita fuera conducida a París.

Una vez allí, llevaron a la infeliz criatura a casa de una de las muchas mujeres que en la ville-lumière se dedican al hipnotismo.

Tratábase de despistar a todo el mundo. ¿Cómo lograrlo? Vistiéndola a otra joven con las ropas raptadas, hipnotizándola, y ordenándole que fuese a Maisons Laffitte a arrojarla al río en un paraje



SU PADRE

Muy bien puede estar dicha pitonisa (que actualmente vive en el barrio Latino) complicada en el asunto. Pero como no hay ninguna prueba firme, es imposible obrar contra ella, que califica de locura cuanto supone M. Hirsch.

En este estado se halla actualmente el misterioso asunto. M. Hirsch, el juez, trabaja desesperadamente por desvanecer todas las sombras, y no pierde las esperanzas de lograrlo.

La opinión general de Sartrouville acusa a madame Couerbe—cuyo paradero se ignora—de la desaparición de Andrés y Margarita Genest, que acaso sufran un horrible castigo, ó, lo que es peor, hayan muerto asesinados.

Respecto al cadáver de la joven hallado en el Sena, es otro de los puntos misteriosos del hecho. Nadie ha podido identificarlo.

Hay quien supone que se trata de una modistilla de Maisons-Laffitte, aunque nadie ha podido reconocerla, porque su cuerpo estaba horriblemente hinchado y descompuesto, y su

rostro no era sino una espantosa masa de carne negra y mal oliente.

Parece que la modistilla era víctima de unos amores contrariados.

El vecindario de Sartrouville está apasionadísimo en este asunto.



LA AUTOPSIA

tigny, cerca del lugar donde el cadáver fué encontrado, prestaran la siguiente declaración:

Al día siguiente de la desaparición de Margarita, y encontrándose ambos limpiando las puertas del establecimiento, vieron avanzar por la carretera a una joven morena, de unos veinte años, que vestía una capa á cuadros rojizos, una falda de color marrón y zapatos amarillos. Llevaba en la mano un paquetito, envuelto en un pañuelo blanco.

Les llamó la atención ver que marchaba erguida, con la cabeza alta, los ojos fijos en un punto determinado; sus pasos eran lentos y firmes.

La saludaron, pero ella siguió sin contestarles y como si no les hubiera oído, camino del puente sobre el Sena, que hay cerca de Maisons-Laffitte.

—¿Qué muchacha más rara!—dijo uno de los hermanos al otro—. ¡Parece un autómatas!

Esta declaración, y el hecho de que las vestiduras de la extraña transeúnte coincidieran con las de la niña Margarita, llamaron poderosamente la atención del juez.

Además, un caballero llamado M. Chalard, declaró que el mismo día, yendo en coche por el puente sobre el Sena, vió a la misma joven que marchaba con idéntico paso, lento y automático. Llevaba aún en las manos el paquetito á que hi-

escondido, donde nadie pudiera sorprenderla.

La joven medium, dominada por la influencia magnética, obedeció automáticamente. En el camino de La Frette Montigny la vieron los hijos del cafetero y M. Chalard. Llegó al sitio donde se le ordenó y se arrojó al río, atenta siempre á la voluntad que mandaba en su espíritu.

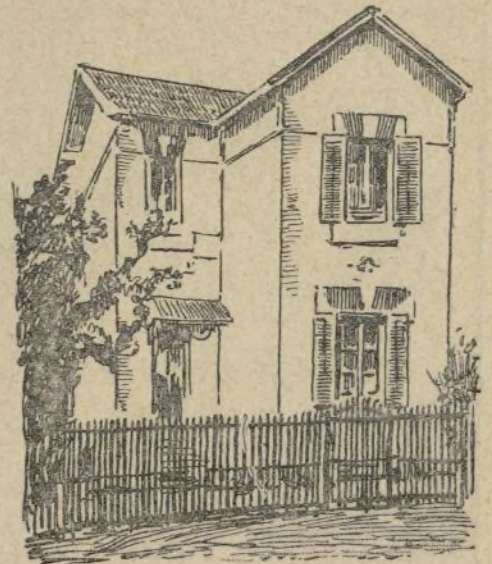
Los autores del hecho infame supusieron que la descomposición del cadáver por la acción del agua impedirían que fuera reconocido. Por las ropas, se creía que la muerta era Margarita Genest. Pensarían todos que se trataba de un suicidio ó de un accidente casual, y los malditos quedarían vengados y fuera de la acción de la justicia.

Si esto es cierto, hay que confesar que la trama está bien urdida. Según parece, el juez funda su suposición en la creencia de que las desapariciones de los hijos de M. Genest son obra de la antigua amante de éste, madame Couerbe. Esto explica que los dos desaparecidos sean fruto del primer matrimonio del bisiutero.

A este propósito, recuerda el juez que una pitonisa, especialista en magnetismo é hipnotismo, llamada madame G..., frecuentaba mucho la casa de Genest cuando éste vivía con su amante, de la cual era íntima amiga.



A FALSA MARGARITA



CASA DE LOS GENEST

MUERTE ESPANTOSA EN LOS AIRES

NUNCA na ocurrido en el mundo, hasta hace pocos días, el hecho portentoso de que un hombre muera a una altura de veintidós mil metros sobre la superficie de la Tierra.

Ha pasado este increíble suceso sobre la ciudad de Pavia, y, naturalmente, en un globo.

Pero no ocurrió en uno de esos grandes aerostatos, que sirven para el placer del viaje por la atmósfera, ó para las experiencias dirigidas a perfeccionar la navegación aérea.

El globo de que tratamos nosotros no era de esos; era un «globo-sonda», de los que se usan en el parque militar aerostático de Pavia, como en el nuestro (de Guadalajara, para efectuar observaciones atmosféricas a grandes alturas, a las alturas enormes a que no podría ascender un hombre, sin encontrar la muerte. Los globos-sondas son muy pequeños, y sólo llevan una especie de canasta, donde van colocados firmemente los aparatos especiales que han de registrar la temperatura, la humedad, la presión atmosférica, la dirección y fuerza del viento, el fluido eléctrico de la capa de aire hasta que se elevan, para estudiar sus fenómenos físicos.

Solos, mecánicamente, marcan sus señales los aparatos, y cuando el globo, perdida su fuerza ascensional, cae a tierra, allí donde lo llevó a su capricho el aire, se consultan los instrumentos y se van anotando sus observaciones. En Pavia, inesperadamente, una persona encontró de pronto, sin quererlo, subiendo dentro de un globo-sonda.

Fue un soldado de ingenieros. Se hallaba el desgraciado dentro de la cesta, momentos antes de la suelta del globo, ocupado en la colocación de uno de los aparatos. De repente se partió el cable que sujetaba el globo a la tierra. Y el globo subió rápidamente, llevándose al soldado en la cesta. Un grito de terror lanzaron entonces cuantas personas organizaban ó presenciaban la experiencia aérea. Con la desesperación de la impotencia agitaban los brazos.

Todos eran hombres de ciencia ó prácticos conocedores de los secretos de la navegación por los espacios, y todos comprendían el horror de la desgracia inmensa que era fatalmente inevitable: la muerte del pobre soldado. Aterrados contemplaban cómo el globo se hundía en las profundidades del cielo velozmente, cómo disminuía la apariencia de su volumen. Pronto no fué más que un punto diminuto. Luego el punto se perdió de la vista. Momentos después no lo percibían ni los más potentes catalejos. Ya no tenían, pues, nada que hacer allí. Sólo restaba esparcirse por los alrededores de Pavia, en espera de que el globo bajara hasta la tierra el cadáver de su forzado tripulante.

Mas el soldado tal vez no subiera todavía en aquellos opresivos momentos por las lejanías de la atmósfera, presa del pánico y la desesperación que trastornaba abajo a sus jefes y a sus compañeros. Al soltarse el globo-sonda, el soldado, si pudo, no se penetró seguramente, á tiempo de salvarse, del peligro horroroso á que corría. Posible fuera, que de no escuchar los gritos de terror que los de tierra lanzaban, no se hubiese dado cuenta inmediata de que ascendía por los aires, porque tales de suave el movimiento ascensional del globo, que puede pasar por de pronto inadvertido, si al mirar para el suelo no se notara que la tierra huye rápidamente hacia abajo, pareciendo como que se hunde.

En seguida, sin embargo, el soldado debió tener clara conciencia de su situación. Comprendería, aterrado, que subía

por el espacio, que estaba en medio del aire completamente suelto, sin asidero donde agarrarse, en peligro evidente de

jo habría de caerse. Pasado este primer tiempo del terror, al convencerse el soldado de que aun flotando suelto en

que no los temiera. Subía el infeliz hacia ellos con la misma ciega confianza que lleva á los pequeños insectos contra la llama, donde se queman las alas y caer muertos.

Otra clase de riesgos, también mortales, eran de seguro los que comenzaban á infundir nuevos terrores en el ánimo del soldado. El conocía de oídas las frecuentes catástrofes ocurridas en los ensayos de navegación aérea, al caer los globos en tierra, y estrellarse los tripulantes contra los edificios, ó ahogarse en el mar ó recibir un balazo del labriego asustado por la aparición del aerostato. Eran, por tanto, los riesgos de la caída, los únicos por el sabidos, los que asediaban su espíritu y le llevaban á pensar en un fin desastroso. ¿Cómo salvarse de semejantes peligros?

Con tan grande horror debería examinarlos y temerlos, que ya no le asustaría aquel subir vertiginoso é incesante, sino la llegada del momento en que el globo comenzara á descender. Aquel momento señalaría en su mente la proximidad terrible del final temido, de la caída. Pero no era abajo, sino arriba, donde espiaba la muerte al misero soldado. A medida que el globo se hundía en los senos misteriosos y altísimos de la atmósfera, extrañas sensaciones, nunca percibidas, notaría el soldado que empezaban á producirse en su organismo. Los oídos le zumbarían con revueltos sonidos de agua que entra violentamente en las estrechuras de un depósito, incapaz de contenerla; los ojos se le nublarían, con desvanecimientos mareantes del cerebro, y un cosquilleo ardoroso le correría por la piel de todo el cuerpo. Por la presión atmosférica, grandemente debilitada en aquellas alturas, hilillos de sangre comenzarían á surtir de la nariz y los oídos del aeronauta, cuyos sentidos iríanse apagando entorpecidos por la modorra.

Al mismo tiempo un frío intensísimo fustigaría la torpeza del cuerpo, entornándolo con sus punciones de hielo. El frío brutal de los espacios yertos, helaría la sangre extravasada que enrojecía la cara del soldado. Y á medida que el globo subía, más baja, más mortal tenía que mostrarse la temperatura. Entonces el soldado, sorprendido por aquellos fenómenos inesperados, tuvo que comprender el error de su cálculo, que le hiciera confiar de su situación, entre tanto el aerostato no emprendiera el descenso.

Ya había pasado, hacia mucho tiempo, de la región donde se ciernen las nubes y se fraguan y estallan las tempestades. Un ambiente gris plomizo, parecido á la noche, rodeábale de un siniestro caos. Y el frío, siempre más helado, más martirizante, agarrotando el cuerpo del infeliz, concluiría por envolverlo, sin que apenas lo sintiera, en el yerto sudario de la muerte.

El termómetro colocado en el globo-sonda, al llegar el aerostato á los 22.000 metros de altitud, marcó la horrible temperatura de 62 grados bajo cero.

Ya habría muerto el soldado cuando la señaló el aparato. Pero todavía el frío pudo ensañarse en su cadáver, rompiendo sus vísceras, desfigurando sus formas. La sangre congelada, al aumentar de volumen, había destrozado sus entrañas y reventado su piel. Así fué sacado el cadáver del globo-sonda, al caer en un lugar de los alrededores de Pavia, por el personal del parque aerostático, que había acudido á aquel sitio al señalar los anteojos la reaparición del globo.



caer y, sin remisión, estrellarse contra el suelo. El instinto de conservación le ordenaría entonces sujetarse, evitar el riesgo de la caída; pero al realizar, con-

medio del espacio, la cesta y el aparato de que colgaba le mantenían sujeto, sin dejarle caer, ¿qué pensaría de su suerte el desventurado aeronauta? El soldado



forme a este anhelo imperioso, cualquier movimiento y ejercer la menor presión contra la cesta, el mismo instinto le dejaría paralizado, al imaginarse que la canasta oprimida y apretada hacia aba-

ignorante, desconocía, sin duda, los peligros, las seguridades de muerte que se escondían en las grandes alturas de la atmósfera. Y al desconocerlos, era lógico que no pensara en su existencia,

uido á aquel sitio al señalar los anteojos la reaparición del globo.

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL
Mesonero Romanos, 31, Madrid.

EL CABALLO DE LOS MUERTOS

Los chinos tienen un gran respeto a los muertos.

El culto a los antepasados es la base de su religión.

Una familia china está en perpetua comunicación con los muertos, si así puede decirse.

Entre los chinos es artículo de fe que los antepasados son responsables de los actos de sus descendientes.

¡Bonita manera de eludir la propia res-

ponsabilidad!—exclamarán los lectores.

Tranquílense ustedes y no tengan envidia a los hijos del Celeste Imperio, porque esta responsabilidad es puramente moral, y, por lo tanto, inútil para los efectos de la justicia humana.

Cuando un chino comete un crimen, como primera providencia, le cortan la cabeza; pero la vergüenza, ¡ah!, la vergüenza se remonta hasta los abuelos, que es precisamente lo contrario que ocurre entre nosotros, que nuestra deshonra transcende a nuestros nietos.

Los escépticos pensarán que esto del

deshonor les debe tener sin cuidado a los muertos; pero los chinos no piensan así.

Para ellos, los muertos están en relación constante con los vivos, y desde el otro mundo prestan a éstos buenos servicios.

En días señalados, cada familia china se reúne ante el altar de sus antepasados, en que están inscriptos sus nombres.

Después de algunas plegarias se les ofrecen regalos; el más común es dinero.

Pero no dinero corriente, sino un dinero especial para difuntos, que consiste en monedas de... papel plateado, que se

echan al fuego. Para los fantasmas—se dirán los chinitos—basta con dinero fantástico.

Si el muerto era aficionado a la equitación, le regalan un caballo de papel para que se dé paseitos por el valle de Josafat.

Hay una ciudad (Shao-Hing) que tiene la especialidad de fabricar regalos para los difuntos.

En España estamos a media correspondencia con ellos; no les regalamos ni un mal caballo de papel; pero les hacemos votar en las elecciones.

EL INGENIO DEL HAMBRE

